

❧ 1 ❧

Ya llegan.

Y yo no estoy preparado.

¿Cómo iba a estarlo?

Soy un profesor nuevo, y estoy aprendiendo con la práctica.

El primer día de mi carrera profesional como enseñante estuvieron a punto de despedirme por haberme comido el bocadillo de un chico de secundaria. El segundo día estuvieron a punto de despedirme por haber mencionado la posibilidad de mantener relaciones amistosas con una oveja. Aparte de esto, en los cerca de treinta años que pasé en las aulas de secundaria de Nueva York no pasó nada extraordinario. Yo dudaba a menudo si debía estar allí siquiera. Al final me preguntaba cómo había aguantado tanto.

Estamos en marzo de 1958. Estoy sentado tras mi mesa en un aula vacía del Instituto de Formación Profesional y Técnico McKee, en el distrito de Staten Island, de la ciudad de Nueva York. Jugueteo con los instrumentos de mi nuevo oficio: cinco carpetas de papel fuerte, una para cada clase; un manojito de anillas de goma que se deshacen; un bloc de papel marrón, fabricado en tiempo de guerra

y salpicado de motas de los ingredientes con que lo hicieron; un borrador de pizarra desgastado; un taco de fichas blancas que introduciré, por filas, en las ranuras de este archivador rojo descabalado para que me ayuden a recordar los nombres de ciento sesenta y tantos chicos y chicas que se sentarán en filas todos los días, en cinco clases diferentes. En las fichas anotaré sus faltas de asistencia y sus retrasos, y haré pequeñas marcas cuando los chicos y las chicas hagan cosas malas. Me dicen que debo tener un bolígrafo rojo para las cosas malas, pero el centro no me ha proporcionado ninguno, y ahora tengo que pedir uno con un impreso o comprarlo en una tienda, porque el bolígrafo rojo para anotar las cosas malas es el arma más poderosa del profesor. Hay muchas cosas que tendré que comprar en una tienda. En la América de Eisenhower hay prosperidad, pero ésta no llega a los centros de enseñanza, al menos a los profesores nuevos que necesitan materiales para sus clases. Hay una nota de un director adjunto encargado de la administración que recuerda a todos los profesores las estrecheces de las arcas municipales y pide encarecidamente que se utilicen estos suministros con moderación. Esta mañana tengo que tomar decisiones. El timbre sonará dentro de un momento. Ellos entrarán en tropel y ¿qué dirán si me ven sentado tras la mesa? «Eh, mirad. Se esconde.» Son expertos en profesores. Si te sientas tras la mesa das a entender que tienes miedo o que eres perezoso. Te estás sirviendo de la mesa como de una barrera. Es mejor ponerte de pie y salir al frente. Planta cara. Sé hombre. Si cometes un solo error en tu primer día, tardarás meses en recuperarte.

Los chicos que llegan son alumnos de segundo de secundaria, tienen dieciséis años, llevan once años en la escuela, desde el jardín de infancia hasta hoy. Así que han visto pasar profesores de todo tipo, viejos, jóvenes, duros, amables. Los chicos observan, escrutinan, juzgan. Entienden el lenguaje corporal, el tono de voz, el semblante en general. Tampoco es que se sienten en corrillos en los servicios o los comedores para comentar estas cosas. Simplemente las han ido absorbiendo a lo largo de once años, las pasan a las generaciones siguientes. «Ojo con la señorita Boyd», dicen. «Deberes, chico, deberes... y los corrige. Los corrige. Como no está casada, no tiene otra cosa que hacer. Procura siempre tener profesoras casadas, con hijos. Ésas no tienen tiempo para sentarse con papeles y libros. Si a la

señorita Boyd se la tiraran con regularidad, no mandaría tantos deberes. Se queda allí sentada, en su casa, con su gato, oyendo música clásica, corrigiendo nuestros deberes, fastidiándonos. Otros profesores no son así. Te mandan un montón de deberes, comprueban si lo has entregado, ni siquiera lo miran. Les puedes copiar una página de la Biblia, y ellos te escriben en lo alto de la página: "Muy bien." La señorita Boyd no es así. Te pilla al momento. "Perdona, Charlie, ¿esto lo has escrito tú mismo?" Y tienes que reconocer que no, que no lo has escrito tú, y ya la has cagado, hombre.»

Llegar temprano es un error; te deja demasiado tiempo para pensar en lo que te espera. ¿De dónde he sacado yo el valor de crearme capaz de poder con los adolescentes americanos? Ha sido por ignorancia. Por eso he tenido el valor. Es la era Eisenhower, y los periódicos hablan del gran descontento de los adolescentes americanos. Son «los hijos perdidos de los hijos perdidos de la generación perdida». Las películas, los musicales, los libros, nos hablan de su descontento: *Rebelde sin causa*, *Rebelión en las aulas*, *West Side Story*, *El guardián entre el centeno*. Sueltan discursos desesperados. La vida no tiene sentido. Todos los adultos son unos farsantes. ¿De qué sirve la vida, en todo caso? No tienen ninguna ilusión por el futuro, ni siquiera una guerra propia en la que puedan matar a indígenas en lugares remotos para luego desfilan por Broadway bajo una lluvia de serpentinas, con medallas y cojeras que despierten la admiración de las chicas. De nada les sirve quejarse a sus padres, que acaban de hacer una guerra, ni a sus madres, que esperaban a los padres mientras éstos hacían la guerra. Los padres dicen: «A callar. Déjame en paz. Tengo una libra de metralla en el culo, y no estoy para que me vengas a chincar y lloriquear tú, con la tripa llena y el armario abarrotado de ropa. Caray, cuando yo tenía tu edad iba a trabajar a un desguace, antes de pasar a trabajar en los muelles para poder mandarte a la escuela, desgraciado. Vete a reventarte las condenadas espinillas y déjame leer el periódico.»

Hay tanto descontento entre los adolescentes, que forman bandas y tienen peleas con otras bandas; no se trata de escaramuzas como las que se ven en las películas, con amores imposibles y fondo de música dramática, sino peleas rabiosas en las que se gruñen e insultan mutuamente, en las que los italianos, los negros, los irlandese-

ses y los puertorriqueños se atacan con cuchillos, cadenas, bates de béisbol, en Central Park y Prospect Park y manchan la hierba con su sangre, que siempre es roja, venga de donde venga. Y si hay una muerte, la opinión pública se indigna y se lanzan acusaciones de que estas cosas tan terribles no pasarían si los centros de enseñanza y los profesores estuvieran haciendo su trabajo como es debido. Hay patriotas que dicen: «Si estos chicos tienen tiempo y energía para luchar entre sí, ¿por qué no podemos enviarlos al extranjero a luchar contra los malditos comunistas, y así arreglamos el problema de una vez para todas?»

Muchos consideraban los institutos de formación profesional como vertederos para arrojar en ellos a los estudiantes que no estaban capacitados para asistir a los institutos de enseñanza secundaria. Eso era esnobismo. Al público no le importaba que miles de jóvenes quisieran ser mecánicos de automóviles, esteticistas, torneros, electricistas, fontaneros, carpinteros. No querían perder el tiempo con la Reforma, la Guerra de 1812, Walt Whitman, la apreciación artística, la vida sexual de la mosca de la fruta.

Pero, hombre, si hay que hacerlo lo haremos. Nos sentaremos en esas clases que no tienen nada que ver con nuestras vidas. Trabajaremos en nuestros talleres, donde aprendemos lo que es el mundo real, e intentaremos ser amables con los profesores y salir de aquí al cabo de cuatro años.